

El testigo ocular somos cada uno de nosotros cuando despreciamos la justicia e ignoramos la verdad. Este libro –siendo como es una denuncia del régimen nazi– es también una parábola que va mucho más allá de su inmediata realidad. Por eso su lectura es muy actual, y por eso este libro es un gran libro.

A la caza del viento, de Claire Goll.
Traducción de Jorge Bergua Cavero.
Editorial Pre-textos. Valencia, 2003.
308 pp.

Decía Brodsky que en el negocio de escribir no se acumulan experiencias, sino incertidumbres. En el caso de *A la caza del viento* la incertidumbre de la vida, del sentido del arte, de la estabilidad amorosa, de la feminidad como respuesta y baluarte... Leer estas extraordinarias memorias son un buen método para ahondar en la verdad de lo que realmente fue una buena parte de la historia cultural del siglo XX en Occidente. Claire Goll (1891-1977), nacida en Nüremberg, que estudió filosofía en Leipzig y Ginebra, llegó a ser una apreciable escritora. En estas páginas desnuda la realidad de su apariencia, sin componendas, sin confundir –como ella misma dice– valor literario y va-

lor humano. Este libro no deja de ser una buena lección de humildad («todo es vanidad y caza de viento», dice el Eclesiastés y señala ella misma en el encabezamiento del libro), un conjunto de bien perfiladas semblanzas, un cántico a lo más sustancial de la vida humana. «Sólo las palabras salvan al tiempo del olvido, permiten, al final, despertar un poco». Es la historia de unas vidas que van y vienen, orgullosas de su vocación artística, incluso de su genio para fundar un mundo nuevo.

La prosa de Goll –de soltera Claire Studer– es desgarrada, atractiva, sincera, magnífica. Nos muestra una visión de la vida fatalista, en gran parte por las vivencias de una infancia amoral, sin cariño, con una madre despiadada y un padre sin carácter. «La vida estaba sometida a un maquiavélico laberinto de obligaciones y de prohibiciones.» Su hermano Alfred se suicida con 16 años y ella misma lo intentó. Pronto entra en contacto con los primeros poetas, el primero de todos fue un jovencísimo Franz Werfel, que le contagió su pasión por la escritura. Poetas y escritores expresionistas desfilan por estas páginas. En 1917 se va de Alemania por la estúpida «imbecilidad belicosa». Se establece en París. Pierre-Jean Jouve, Romain Rolland, Yvan Goll –poeta judío

alsaciano con el que compartirá una buena parte de su vida—, Guilbeaux... Todo le interesa. Conoce a Joyce, a Jung, y sobre todo a Rilke, del que fue amante y del que nos ofrece un retrato espléndido (pág. 95 y siguientes). La galería de personajes es interminable, a los cuales desmitifica y humaniza, pues se tomaban demasiado en serio a sí mismos: Einstein, Pound, Gide, Colette, Picasso, Gertrude Stein, Dalí, Celan, Picabia (árbitro de las vanguardias, de quien el Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Murcia acaba de editar sus *Escritos en prosa*, un volumen memorable) ... Curiosa fue su más que íntima relación con el poeta chileno Vicente Huidobro, y ella misma era sobrina del filósofo Max Scheler, de quien dice «que se había pasado la vida cambiando de mujer y de religión». Por último me gustaría destacar el capítulo X, toda una arenga antifeminista que dejará perplejo al lector.

A la caza del viento es un libro que no nos podemos perder. Un libro valiente, agradecido, coherente, escrito por una mujer de acción fascinada por la belleza. Su amigo el pintor Jawlensky decía que «el arte, al final, es el deseo de reunirse con Dios». Para Goll y Claire «se trataba más bien de reunirse con el hombre».

Guillermo Urbizu

La ética del discurso y la cuestión de la verdad, Jürgen Habermas, traducción de R. Vilà Vernis, Barcelona, Paidós, 2003, 91 pp.

Este libro ofrece, en la medida en que recoge unas conferencias, la posibilidad de ver a un pensador —Jürgen Habermas— en acción, inserto en la dinámica del diálogo, la respuesta a críticas y la elaboración de reflexiones y puntualizaciones. Así, el formato limita la corrección de la reflexión que permite la habitual confección de un libro, y en ello reside su virtud. El texto está compuesto por una serie de conferencias que Habermas impartió a comienzos de 2001 en París. Una de ellas tuvo lugar en la Universidad de París—Sorbona (París IV). En ella, el filósofo alemán respondió a preguntas sobre los diversos temas que aborda en su obra, que le hicieron especialistas —sociólogos y filósofos— como Alain Renaut, Alain Boyer, Arnaud Desjardin, Alban Bouvier, Pierre Demeulenaere, Pascal Engel y Patrick Savidan. La otra que integra este volumen tuvo lugar en el Centro Pompidou, en el marco de las *Revue parlées*, y consiste en puntualizaciones del autor alemán sobre los diversos temas que abordó en su última obra, *Verdad y justificación* (Madrid, Trotta, 2002).

Habermas recorre los diversos campos disciplinarios sobre los

cuales discurre su obra al calor de los interrogantes que le van planteando sus interlocutores en una de las conferencias, y siguiendo puntos relevantes de su última obra, en la otra. Esto no trae como consecuencia una dispersión temática, pues el autor aborda las cuestiones de modo interdisciplinar (filosofía, del lenguaje, teoría política, epistemología, filosofía moral, sociología, etc.) y, por otra parte, tales cuestiones giran alrededor de las implicaciones que, en los diversos ámbitos de actividad humana, tiene el problema central en Habermas de la verdad. Esto es, de cómo justificar metas, valores, preferencias, juicios, procedimientos, metodología, tanto en la política y la moral prácticas, cuanto en los diversos campos de conocimiento. En esta dirección, Habermas sostiene la viabilidad y consistencia de su teoría de la acción comunicativa y de la ética de la discusión (que no del discurso, tal como nos aclara el traductor, en tanto la palabra alemana *Diskurs* contiene el significado de «diálogo» o «debate», no recogida necesariamente en el término español «discurso», de connotaciones más monológicas, el cual no obstante se ha asentado en las traducciones de Habermas).

Tal ética de la discusión se halla preocupada por discernir y justificar que los individuos, al

entrar en un debate sobre sus preferencias, están creando y aceptando unas reglas que los obligan a aceptar al otro y sus razones, más allá de que el contenido de esas argumentaciones contradigan las propias. La preocupación de esta ética es la de buscar una conciliación entre las libertades individuales, expresadas en la capacidad de las distintas personas, en un mundo plural, de emitir juicios de preferencia, y la existencia de una comunidad moral, que busque acuerdos y consensos razonables. En definitiva, cómo hacer para que un individuo se sienta moralmente obligado desde su interior a respetar unas reglas de debate, que son en definitiva de convivencia de la comunidad, aun en los casos en que sus metas no puedan realizarse, de modo tal que en esas situaciones elija racionalmente negociar antes que imponer. ¿Abstracto? No tanto. Sin ir más lejos, el tema parece relevante en la España actual, teniendo en cuenta algunas propuestas políticas que muestran importantes dificultades para compaginar la realización de los propios intereses respetando las reglas procedimentales hoy vigentes. Habermas se sitúa entonces en la estela de la Ilustración, de Kant, y de su búsqueda de una fundamentación objetiva de normas prácticas universales. Alrededor de estas preocupaciones,

Habermas recupera y discute a Weber y a Popper sobre si la decisión de utilizar la razón para argumentar es una cuestión de fe o si, por el contrario, cabe demostrar racionalmente su superioridad; a Karl-Otto Apel acerca de la posibilidad de una fundamentación última del principio de universalización; a Jon Elster sobre la viabilidad de una «política deliberativa»; a Kymlica acerca de las relaciones entre cultura política y subculturas, entre ciudadanía clásica y ciudadanía multicultural; y a Quine, Carnap o Wittgenstein para tratar las relaciones entre lenguaje, conocimiento e intersubjetividad.

Cabe resaltar que ni la extensión reducida del texto, ni el formato de preguntas y respuestas –en una de las conferencias– van en desmedro de la rigurosidad ni de la precisión conceptual del contenido general de las aportaciones de Habermas.

Terrorismo global, *Fernando Reinares*, Madrid, *Taurus*, 2003.

El fin de la guerra fría y el mundo bipolar produjo transformaciones políticas y, por tanto, en los objetivos, formas de ejercicio y de organización del terrorismo. El texto de Reinares, especialista

en el tema y catedrático de Ciencia Política de la Universidad Rey Juan Carlos 1, discurre sobre las características del nuevo terrorismo de la posguerra fría, cuya referencia ineludible son los atentados del 11 de septiembre.

La tesis principal de este trabajo, como su título lo indica, es el concepto de terrorismo global. El autor sostiene que el terrorismo actual no puede ser entendido con los instrumentos conceptuales propios de la guerra fría, sino que se está ante un fenómeno nuevo que, por tanto, exige una reconsideración teórica para poder dar cuenta de él. En efecto, el terrorismo de la guerra fría era internacional, pero el actual es global.

El terrorismo internacional de la guerra fría era llevado adelante por Estados que buscaban, por la vía de la financiación o del apoyo logístico a determinadas organizaciones, incidir negativamente en la gobernabilidad o directamente en el poder de otros países. También tenía como protagonistas a las propias organizaciones que ejercían el terror, que además de actuar en países específicos, establecían contactos ideológicos, políticos, económicos y militares con otras formaciones «hermanas». Este terrorismo fue transideológico, pues lo practicaron ambas superpotencias, así como diversas organizaciones de distintas raíces doctrinarias. En cualquier caso, sus ejes defini-